

María Estela Muñoz Espinosa*
Fermín Ali Cruz Muñoz**
Alejandro Ali Cruz Muñoz***

A N T R O P O L O G Í A

Libros antiguos

Los fondos novohispanos resguardados en las bibliotecas mexicanas cuentan con libros antiguos que datan de los siglos XV al XIX, procedentes de bibliotecas de particulares o de los conventos, monasterios, colegios y congregaciones de las diferentes ordenes religiosas establecidas en la Nueva España.



Resumen: Artículo que hace una revisión sucinta de la historia del libro, desde sus primeras impresiones en el siglo XV que tuvieron efecto en países europeos como Alemania, Holanda, Italia, Francia, España y los Países Bajos, así como de los impresores pioneros establecidos en la Nueva España. Se distinguen sus características gráficas, temas, autores, propietarios, colecciones, entre otros aspectos que los han hecho trascender hasta nuestros tiempos.

Palabras clave: historia del libro, libro antiguo, impresores, Europa, Nueva España.

Abstract: This article offers a succinct review of the history of books from the earliest printing in the fifteenth century that had an effect on European countries such as Germany, Holland, Italy, France, Spain, and the Netherlands, as well as the pioneering printers who set up their workshops in New Spain. These early books stand out for their graphic characteristics, subject matter, authors, proprietors, and collections, as well as other aspects that allow their appreciation today.

Key words: history of books, old books, printers, Europe, New Spain.

Estos acervos en su mayoría conservan sus *marcas de fuego* y/o *Ex libris*¹ que les fueron colocadas por sus propietarios, esto es, una anotación manuscrita o sello impreso de la biblioteca a la cual pertenecían, o bien el nombre del dueño o propietario.

Gracias a que las obras conservan esas marcas de procedencia de sus respectivas bibliotecas, hoy en día han podido ser identificadas, clasificadas y ordenadas conforme a sus sellos, los cuales pueden apreciarse en los cantos o filos de cada libro.

Se les clasifica por el contenido de la obra; esto es, por el tema que tratan, ya sean libros científicos, clásicos, literarios, de música, de coro, historia, filosofía, litúrgicos, Sagradas Escrituras, homiliario, gramaticales, derecho canónico, romances.

Estos acervos con que cuentan las bibliotecas por lo regular están inventariados mediante una ficha básica, con los datos elementales, para facilitar su consulta; sin embargo, también están catalogados por temas, por la



* Biblioteca Nacional de Antropología e Historia, INAH.

** CIECAS, Instituto Politécnico Nacional.

*** Universidad Panamericana.

¹ María Estela Muñoz Espinosa y Fermín A. Cruz Muñoz, *Fondo conventual de la Biblioteca Nacional de Antropología e Historia*, México, Conaculta-INAH, 2004, p. 3.

lengua en que están escritos, y por su tipo de encuadernación, tipografía y ubicación física.

Los lugares de impresión de estas obras corresponden principalmente a talleres de impresión de países europeos —Alemania, Holanda, Italia, Francia, España y los Países Bajos—; sin embargo, también contamos con obras de los primeros impresores establecidos en México como consecuencia de la llegada de los españoles a principios del siglo XVI.

La mayoría de estas obras fueron escritas por monjes, frailes, científicos, nobles, por sabios o intelectuales, o bien desconocidos que pagaban por imprimir sus obras sin revelar la propia autoría.

Hoy en día, a las obras impresas producidas entre el periodo que va de los inicios de la imprenta (última década del siglo XV) hasta finales del siglo XVIII (antes de 1801),² se les denomina *libro antiguo*. Se puede decir que gracias a la invención de la imprenta se dio comienzo a una nueva era, y además marca el inicio de un arte maravilloso de la época.

A partir del Renacimiento, en cuyo inicio se marca la búsqueda del dominio sobre la naturaleza, se tuvo una gran influencia en la impresión de libros con temas religiosos, cultural, científico y cotidiano, además de que se experimenta un contexto de múltiples posibilidades de

desarrollo para el hombre. Lo anterior tuvo importantes repercusiones en el arte de ilustrar libros mediante estampas grabadas, con el propósito de dar a entender a los lectores, junto con el texto escrito, de qué trataba el contenido del libro, mas no siempre la imagen expresa el asunto tratado en la obra, y simplemente es parte de la decoración del propio libro.

Varias de esas estampas grabadas fueron elaboradas con diferentes técnicas: primero mediante planchas en madera (xilografía) y después con planchas de metal o cobre (calcografía).³

Estas ilustraciones grabadas dieron inicio a un arte nuevo, como la imprenta, y el propio libro, que están tan ligados entre ellos, y para su estudio no es posible desarticularlos.

El arte del grabado es considerado un objeto de estudio tanto en el arte como en la estética, donde podemos observar los diferentes tipos de ilustraciones, sus técnicas y sus artistas procedentes de las escuelas europeas donde dio inicio este arte.

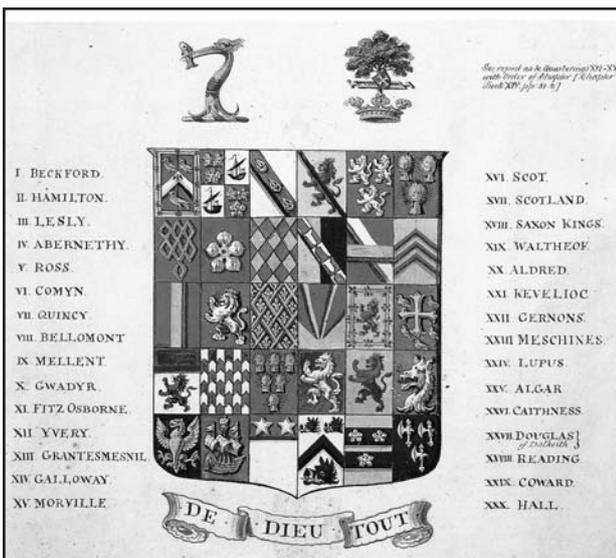
Las estampas presentan varios temas de interés para la historia del arte y otras ciencias, heráldica, hagiografía, arquitectura, urbanismo, geometría, imágenes religiosas, retratos de santos, reyes y nobles, petrograbados, variedad de animales y maquinarias, entre otros. Esos libros, por lo regular, contienen ilustraciones y pocas vienen a color, pues la gran mayoría muestra grabados monocromáticos.

En una primera etapa los ilustradores, pintores y grabadores productores de estampas por lo regular no firmaban su obra, mas con el transcurso del tiempo, y debido a la creciente importancia que fueron cobrando los artistas, dibujantes, impresores o editores, al igual que sus obras, fue necesario que plasmaran su nombre, su firma o ambas.

Con el desarrollo de la imprenta y el avance en la producción de libros se inicia un capítulo más para la historia, siendo éste el de la encuadernación, abriendo una nueva actividad comercial para los libreros mediante los avances de una artesanía desconocida hasta entonces, y que implicaba una organización especial del trabajo.

³ María Estela Muñoz Espinosa y Fermín A. Cruz Muñoz, *op. cit.*, p. 3.

² José Luis Checa Cremades, *El libro antiguo*, Madrid, Acento, 1999, p. 9.



El cómo conservar los materiales impresos, con o sin ilustraciones grabadas; disponer un mejor manejo de ellos sin lastimarlos o deteriorarlos, y conseguir así que se conservaran en el mejor estado posible en el transcurso del tiempo, debió haber sido un reto para impresores y editores del siglo XVI.⁴

Las primeras encuadernaciones fueron elaboradas al unir pastas de madera recubiertas con telas finas como terciopelo o paño, de ahí que los volúmenes empastados fuesen grandes y pesados; este inconveniente fue resuelto mediante el empleo de cubiertas realizadas en cartón forrado de pergamino, piel u otro material ligero. En estas tapas solían colocar guarniciones de latón, llamados tachones, además de que el libro estaba cerrado por broches de metal,⁵ o con listones de gamuza, conservando su interior en perfecto estado.

La palabra bibliología proviene del griego (*biblion*, 'libro' y *logos*, 'tratado'),⁶ y de acuerdo con su etimología se refiere al estudio del libro en sus aspectos históricos, técnicos, artísticos y literarios.

Estos tratados empezaron a resurgir a partir del siglo IV, debido a una de las principales tareas de los monjes después de la oración, y que consistía en la transcripción y confección de libros. Los monjes benedictinos se ocupaban de elaborar los manuscritos, una de las actividades más importantes en la vida monástica, que más tarde se convirtió en una regla que se mantendría vigente hasta la aparición de la imprenta con tipos de metal, que relegaría al libro copiado e ilustrado a mano.

Cada abadía tenía su lugar reservado a los copistas y miniaturistas, quienes dominaban el oficio de leer y transcribir las obras, dibujar artísticamente las letras capitulares, los epígrafes de los capítulos y decorarlos con motivos gráficos relacionados con el texto.

⁴ Svend Dahl, *Historia del libro* (trad. de Alberto Adell), México, Conaculta/Alianza, 1982, p. 117

⁵ *Ibidem*, p. 72.

⁶ *Diccionario hispánico universal. Enciclopedia ilustrada en lengua española*, México, W.M. Jackson, 1964, t. I, p. 216.



Fig. 11. Ilustración de un manuscrito de Juan de los Rios. Museo de San Mateo.

De estas labores surgieron misales, Biblias, libros de horas, libros litúrgicos, sagrados y profanos, admirables por su ornamentación, joyas que se conservan en las bibliotecas europeas⁷ y mexicanas.

Asimismo, las monjas jugaron un papel preponderante en la elaboración y producción de los manuscritos, pues colaboraron con los frailes en su tarea de transcripción de libros. Con el transcurso del tiempo se crearon las primeras universidades, con lo cual se generó un aumento considerablemente en el consumo y lectura de estos manuscritos.

Con la invención de la imprenta en Europa, a mediados del siglo XV, existió mayor divulgación de los libros, lo que pasó a formar parte importante para el conocimiento humano y abrió un campo de acción más amplio para formar las primeras bibliotecas.

En varias partes del mundo este acontecimiento empezó a dar impulso a varias instituciones universitarias, y poco a poco se fue formando el núcleo material que dio origen a las grandes bibliotecas.

Entre los múltiples factores provocados por el crecimiento de las universidades europeas podemos destacar,

⁷ María Estela Muñoz Espinosa y Fermín A. Cruz Muñoz, *op. cit.*, p. 4.



sin duda, la gran demanda de libros por parte de estudiosos y eruditos de los siglos XVI y XVII, pues de ahí nace la necesidad de poder reproducirlos de una manera más fácil —y así favorecer el trabajo intelectual de una amplia variedad de personas. A su vez, gracias al desarrollo de la imprenta, a la fabricación del papel, y a la reproducción y difusión de imágenes y de textos, fue posible imprimir más rápido y lograr cubrir una creciente demanda, con lo cual se promovía la difusión del conocimiento.

En los estudios sobre la historia del libro se ha denominado “incunables” a los libros impresos elaborados durante los primeros 50 años posteriores a la invención de la imprenta, es decir entre 1450 y 1501;⁸ el término proviene del latín *incunabula* (pañales), pues con ello se quiere remarcar el hecho de que datan de los inicios mismos del arte de la impresión con tipos móviles de plomo.

Con frecuencia se emplea también el término *paleotipos* (imprenta arcaica), que significa antiguo modelo o tipo, y puede ser aplicado a todos los impresos antiguos. Los italianos dan a estos libros el nombre de *quattrocentisti*, por ser publicados en el siglo XV, del año de 1450 en adelante.

Aunque la imprenta apareció en Alemania a mediados del siglo XV, se siguieron elaborando libros manuscritos, y en un principio no había muchas diferencias entre los libros copiados a manos y los incunables.

Sin embargo, con el transcurso de los años las diferencias fueron apartando cada vez más los incunables de los manuscritos, hasta crear la estructura que hoy conocemos para el libro impreso, con su propio estilo, su lenguaje, y su arte característico. Los incunables son de interés por la estructura de sus textos y por lo que representan, siendo

⁸ José Luis Checa Cremades, *op. cit.*, p. 9.



éstas las primeras ediciones impresas de los manuscritos medievales.

Los incunables son productos editoriales en los que se puede seguir la evolución del libro, y en cuya manufactura los impresores se preocuparon por dejarse ver en esos trabajos artesanales como maestros creativos e independientes.⁹

La transmisión de los libros incunables por los libros manuscritos duró hasta después de 1457, cuando se promulga públicamente el descubrimiento de la imprenta. En Maguncia, Alemania, se atribuye a Johan Fust y Peter Schoeffer¹⁰ el hecho de ser los primeros en nombrar a la imprenta como una nueva forma de interpretar el arte.

Gracias a la invención de la imprenta Europa tuvo mayores posibilidades de propagar la palabra escrita y las imágenes impresas durante los siglos XV y XVI, lo cual abrió un potencial hasta entonces desconocido para expansión de la cultura del cristianismo. Desgraciadamente, por el conflicto que existió entonces en Maguncia los impresores se vieron en la necesidad de abandonar la ciudad;¹¹ sin embargo, posteriormente las ciudades de Bamberg y Colonia, después de Maguncia, tuvieron importantes imprentas.

Johann Gensfleisch zum Gutenberg (1397-1468) elaboró varios tipos de libros impresos, más parecidos a los libros manuscritos, y en 1463 radicaba en Colonia el luego famoso impresor Ulrich Zell, discípulo de Gutenberg.¹²

Este impresor de Maguncia realizó experimentos sobre la imprenta en 1440, y para el periodo 1444-1450 había perfeccionado su invento, con miras a poder comercializarlo. Se le considera el primer

⁹ Konrad Haebler, *Introducción al estudio de los incunables*, Madrid, Ollero & Ramos, 1995, p. 17.

¹⁰ Sven Dahl, *op. cit.*, p. 96.

¹¹ *Ibidem*, p. 97.

¹² Manuel de Olaguibel, *Impresiones célebres y libros raros* (ed. facsimilar), México, IIB-UNAM, 1991, p. 31.



impresor, o cuando menos el más antiguo y conocido; de las prensas de su taller salieron obras como la *Greematica de Donato* y un *Calendario astronómico*,¹³ además de bulas promulgadas durante el pontificado de Nicolás V (1447-1455), como ayuda a la Cruzada contra los turcos. Sus impresos reproducen algunas características del libro manuscrito.

En Nüremberg, Alemania, una de las ciudades importantes de la época y que tenía su propia imprenta, trabajó el célebre artista y grabador Alberto Dürero (1471-1528).

Esta fue una de las principales ciudades europeas que llegó a tener un gran número de artistas entre sus grabadores, dibujantes, pintores e impresores, lo cual representa un símbolo de los inicios del arte alemán, que más tarde también tendría lugar en otros países del continente.

En 1498 Dürero realizó los quince grandes grabados sobre el Apocalipsis,¹⁴ impresos con texto en latín y en alemán, considerados en nuestros días una de las obras maestras en la historia de las artes gráficas. En ellos predomina el blanco y negro y alcanza su total liberación respecto al color; además, se genera un espléndido efecto pictórico con el juego de luz y sombra, conseguido por el contraste de las líneas negras sobre el blanco del papel. Otras de sus obras destacadas son *Los cuatro jinetes del Apocalipsis*, y *La batalla de los ángeles*, ambos grabados en madera en 1498. La mayoría de sus obras presentan abajo, a un lado o al centro del grabado el monograma del artista. Dürero tuvo como amigo e impresor al célebre editor Anton Koberger —en cuyo taller se imprimiera la *Crónica de Nuremberg*, uno de los más famosos incunables—, quien le aconsejaba sobre la ilustración de sus obras.¹⁵

En España, se sabe que la reina Isabel la Católica (1474-1504) coleccionaba libros manuscritos del franciscano Juan Marchesino, entre ellas *Exposición y repertorio gramatical de voces de la Biblia*, además de un *Oficio divino* impreso en Maguncia (1470).



Posteriormente, en Roma tuvieron también sus propias imprentas, de cuyas prensas salieron numerosas ediciones, la mayor parte obras clásicas y latinas.¹⁶ En 1465 ven la luz los primeros incunables en los talleres de Conrado Sweynheim, Arnaldo Pannartz y Ulrico Han, todos ellos establecidos en el monasterio de Subiaco, en la campiña romana.¹⁷

En Francia, Nicolás Jenson (1420-1480) publicó en 1470 las *Epístolas* de Cicerón, y continuó trabajando en su taller hasta el último cuarto del siglo XV. Por su parte, en Suiza se dieron a la estampa ocho incunables ilustrados: cuatro de ellos en Basilea, siendo el primero *Spiegel der Menschilchen Behaltiniss* (1476), mientras de las prensas de Ginebra se considera *Melusine* como el texto impreso más antiguo, fechado en 1478.

Europa, con su curiosidad científica, tiene gusto por las ediciones de clásicos griegos y latinos, por la historia antigua de Grecia y Roma, y por los estudios de los manuscritos medievales.

En contraparte, los eclesiásticos fueron los más interesados, y quienes trabajaron más arduamente en la

¹³ Konrad Haebler, *op. cit.*, p. 63.

¹⁴ *Enciclopedia Universal Ilustrada*, Madrid, Espasa Calpe, 1956, t. XXVI, p. 853.

¹⁵ Lucien Febvre y Henri-Jean Martin, *La aparición del libro*, México, UTHEA, 1962, p. 132.

¹⁶ Manuel de Olaguíbel, *op. cit.*, p. 32.

¹⁷ *Ibidem*, p. 30.

elaboración y creación de libros para difundir la fe cristiana, entre una amplia variedad de textos con temas religiosos y morales.

En Estrasburgo, Juan Mentel o Mentelin (1410-1478) publicó a mediados de la centuria la *Biblia*, y por ello se le dio el título de “Primer Impresor”, dando a conocer posteriormente el *Speculum* de Vicente de Beauvais (1200-1264), obra en diez volúmenes *in folio*. Johannes de Spira (+ 1470) imprimió en Venecia (1469) las *Epístolas familiares* de Cicerón, además de la *Historia natural* de Plinio. El primer impresor en los Países Bajos fue Juan de Westphalia, quien estableció su imprenta en Lovaina, en el año de 1475, pero ya en 1469 era impresor en París; el primer libro salido de sus prensas fue *Gasparini Pergamensis epistolariu*, obra de los impresores Miguel Friburger, Ulrico Gering (1440-1510) y Martín Crantz.¹⁸

Finalmente, en relación con este apartado vale la pena consignar el dato de que en 1474 se abrió la primera fundición tipográfica inglesa, localizada cerca de la aba-



día de Westminster, en la que el tipógrafo e impresor William Caxton (1422-1491) dio a conocer diversas obras con nuevos caracteres romanos sobre papel vitela).¹⁹

Con el correr del tiempo los bibliógrafos lograron establecer algunas de las características propias de los incunables, a fin de que al menos las más evidentes pudieran apreciarse en la misma obra impresa; cabe aclarar que los incunables no solamente proceden de las prensas alemanas del siglo XV,

sino también de otras partes de Europa.

Algunas de las principales características establecidas para estos impresos antiguos son las siguientes: sólo en ciertos casos carecen de los elementos principales de la portada: algunas obras comienzan por el texto y muestran las páginas impresas a dos columnas, por decisión artística del impresor;²⁰ muestran amplios márgenes, así como letras capitulares para marcar el inicio de cada capítulo del libro; en ocasiones no se encuentra marcada la división en libros y capítulos, además de ser constante la ausencia de reglas gramaticales como el punto y la coma: ésta era sustituida por una línea oblicua o vertical, y el primero mediante un cuadrado o un asterisco.

Otras características de los incunables son la desigualdad en los caracteres; la foliatura o paginación eran colocadas a la cabeza o pie de cada página; el hecho de emplear papel muy grueso para los interiores del libro; en ocasiones falta el nombre del autor o del impresor, así como el lugar y la fecha en que se imprimió. Los primeros incunables carecían del año de edición, dato que posteriormente se añadió mediante el uso de números romanos; en algunos casos también faltaban las signaturas o signos: letras o cifras colocadas al pie de la primera página de cada uno de los pliegos.²¹

Para finales del siglo XV y principios del XVI ya se habían instaurado leyes para restringir la producción de libros con temas considerados perniciosos, y desde

¹⁸ *Ibidem*, pp. 32-33.



¹⁹ *Ibidem*, p. 35.

²⁰ Konrad Haebler, *op. cit.*, p. 113.

²¹ Juan B. Iguiniz, *El Libro. Eptome de bibliología*, México, Porrúa, 1946, p. 98.

finales del siglo XV comenzaron las persecuciones de libros con temas heréticos.²²

Sin embargo, en ese mismo periodo la multiplicación de los libros ocasionó dos hechos que determinaron la organización sistemática de la lucha contra las obras sospechosas: una de ellas fue la relativa facilidad y rapidez con que se imprimían esos materiales indeseables, y la otra el desarrollo de la Reforma religiosa impulsada por Martín Lutero (1483-1546).²³

Entre ellos podemos mencionar los llamados libros prohibidos o censurados por Inquisición, ya que a partir del Concilio de Letrán (1515), se tuvo mucho cuidado de censurar los libros y otorgar las licencias necesarias por parte de las autoridades designadas para ese efecto, a fin de que esos libros fueran destruidos o tachados en algunos de sus párrafos, o bien desprender alguna página del impreso considerado perniciosos²⁴ para la fe católica.

Las obras importantes publicadas en 1494 obligaban a tener licencia real para imprimir, y todo libro debía pasar por un estricto control de revisión, ya fuese político o eclesiástico, por lo que en esa época proliferaba la quema de libros. Estas obras tuvieron mucha importancia para el siglo XVI, y una de las más destacadas fue el *Repertorium inquisitorum hereticae*.²⁵

A principios de esa misma centuria se promulga una nueva ley, llamada Pragmática, en la cual se indicaba de manera precisa el procedimiento a seguir, dando un control serio, rápido y de buena calidad al libro, y además prohibió a los libreros, impresores y mercaderes imprimir en molde ningún libro, de ninguna facultad o lectura, ya sea obra pequeña o grande, en latín o en romance, sin previa licencia y especial mandato.²⁶

Con la autorización del emperador Carlos V (1500-1558) y el pontífice Pablo III (1534-1549), y como consecuencia de la Inquisición, se publicaron los primeros

edictos e índices prohibitivos y expurgatorios, redactando un catálogo de los libros que serían condenados por la autoridad del Consejo de la Santa y General Inquisición.²⁷

Un problema adicional fue la continua reproducción de los *libros de caballerías*, pues muchos de ellos eran literatura fantástica llena de aventuras, escenas de amor y optimismo, motivos por los que alcanzaron enorme popularidad. Para 1547 se publica la obra *Suma de filosofía*, de Alfonso de Fuente, donde el autor incluyó una recomendación para prohibir ese tipo de obras, pues entonces se creía que tanta literatura de ficción podría generar incluso un desequilibrio mental entre sus lectores.²⁸

Aquí también intervino el Santo Oficio, ya que una de sus tareas consistía en preservar la pureza de la fe y la moral pública, aun cuando fracasaría en su intento por acabar con los libros de caballerías.²⁹



En el mismo siglo XV aparecen los más célebres y notables impresores humanistas, quienes publican simultáneamente a varios autores, tanto de obras clásicas como científicas y religiosas: Aldo Manuzio *El Viejo* (1449-1515), Cristóbal Plantino (1514-1589), Roberto Etienne (1503-1559), el impresor y librero Lucas Antonio Giunta (+ 1537), Luis Elzevir (1540-1617), Badius Ascensius Jodocus (1462-1535) y Sebastián Gryphius (1490-1553), activos en diferentes países de Europa.

²² Juan Carrete Parrondo y Fernando Checa, *El grabado en España. Summa artis. Historia general del arte*, vol. XXXI, Madrid, Espasa Calpe, 1987, p. 16.

²³ Marcelin Defourneaux, *Inquisición y censura de libros en la España del siglo XVIII*, Madrid, Taurus, 1973.

²⁴ María Estela Muñoz Espinosa y Fermín A. Cruz Muñoz, *op. cit.*, p. 3.

²⁵ Juan Carrete Parrondo y Fernando Checa, *op. cit.*, p. 16.

²⁶ Marcelin Defourneaux, *op. cit.*, pp. 24-25.

²⁷ *Ibidem*, p. 27

²⁸ Irving Leonard, *Los libros del conquistador*, México, FCE, 1979, p. 7.

²⁹ *Ibidem*, p. 77.

Con la ayuda de la imprenta el trabajo de los sabios contribuyó, en cierta manera, para ampliar el dominio del conocimiento y de los descubrimientos.

La enorme actividad de las prensas en el siglo XV adquiere una creciente velocidad en ediciones de todo tipo, al grado de que los especialistas calculan unos 20 millones de ejemplares, de ahí que se les atribuya un papel esencial en la difusión de las ideas y en el desarrollo de la literatura entre la población.³⁰

Por otro lado, en ese mismo siglo XVI el control del libro fue más rígido, ya que la influencia en la impresión del libro en su contenido ideológico, dogmático y contrarreformista y en las propias imágenes impresas que representaban, el contenido ortodoxo de cualquier actividad intelectual y científica, eran características primordiales de las ilustraciones que el libro representaba a finales del siglo.³¹

Los libros posteriores a la etapa de los incunables ya están conformados con el diseño que conocemos en nuestros días, y con ello desplazaron definitivamente a los libros manuscritos. Conforme la evolución de los impresos iba cambiando, el texto se aligera, las líneas se alargan y los márgenes se ensanchan; las letras capitulares aparecen de gran tamaño y lucen ornamentadas, formando algún tipo de figura en el grabado.³²

Los caracteres, por lo general, son góticos y romanos, y son utilizados lo mismo en textos religiosos y jurídicos en latín, que en la literatura en lengua vernácula.³³ La portada de esos libros contenía una sola estampa, denominada *principio*, aunque después ya se le llamaba *portada* y marcaba el inicio del libro, por lo que ahí se consignaban los datos principales de la obra.³⁴

El siglo XVII fue un periodo de crisis y decadencia para la imprenta, debido a la escasez de insumos como el papel y la mala producción, elevados pagos de impuestos y una mano de obra escasa, entre otros factores.

A finales del siglo XVI, y durante todo el siglo siguiente, el libro desarrolla un importante proceso de

cambio: comienza a estar más controlado y sujeto a un creciente número de reglamentaciones, aprobaciones, dictámenes y censuras; pero sobre todo al severo control, político y religioso de quienes ejercían el poder. Felipe II (1527-1598) no sólo reafirma la Ley Pragmática y la lleva a su corte en Valladolid, sino además dicta pena de muerte contra libreros e impresores que la infrinjan, y lo mismo vale para los extranjeros que lleven libros condenados por el Santo Oficio de la Inquisición.³⁵

Se empieza a controlar la producción editorial, y las autoridades civiles y eclesiásticas promulgan una ley, que precisa las normas y relaciones entre el autor, el editor y el dominio civil y religioso. Los editores comienzan a tener problemas para vender los libros, principalmente obras religiosas, o nuevas impresiones de clásicos de la literatura latina.

La estética del libro comienza a tener cambios: en la portada del libro se agregan retratos, lo cual es una característica de la época;³⁶ también se utilizan escudos nobiliarios, emblemas, alegorías; los títulos son confusos en su interpretación debido a su amplitud; el nombre del autor va seguido de sus títulos nobiliarios, se integran los nombres de los patrocinadores, y aparece el nombre de los dignatarios a quienes se dedica la obra.

En la impresión de las portadas se emplean tipos de distintas medidas, diseñados con gran belleza por los artistas grabadores, y los frontispicios son grabados con diferentes técnicas e impresos por separado del libro, presentando caracteres de estilo arquitectónicos, formando modelos de retablos barrocos.

La ornamentación con orlas fue menos abundante, pues la técnica en madera pasó a segundo término,

³⁵ A los impresores Elzevier, sobre todo a José Luis Elzevier (1540-1617), se le atribuye el haber distinguido los rasgos tipográficos para diferenciar la vocal "U" de la consonante "V", y la vocal "I" de la consonante "J" desde el inicio mismo de la imprenta hasta el fin de sus días como impresor en el año de 1696; en sus imprentas de Leyden y Ámsterdam se publicaron textos griegos, clásicos latinos y autores franceses, todos ellos en formatos pequeños con caracteres microscópicos en griego y latín, logrando con sus elegantes y cuidadas ediciones una justa fama para la imprenta Elzeviriana; Marcellin Defourneaux, *op. cit.*, p. 28.

³⁶ Juan Carrete Parrondo y Fernando Checa, *op. cit.*, p. 257.

³⁰ Lucien Febvre y Henri-Jean Martin, *op. cit.*, p. 279.

³¹ Juan Carrete Parrondo y Fernando Checa, *op. cit.*, p. 16.

³² José Luis Checa Cremades, *op. cit.*, p. 11.

³³ *Ibidem*, p. 11.

³⁴ Juan Carrete Parrondo y Fernando Checa, *op. cit.*, p. 248.



para quedar relegada a publicaciones más pequeñas, ante la técnica del grabado en cobre, cuyo empleo tuvo un florecimiento en el arte.

El siglo XVIII, el siglo de la Ilustración, fue encabezado por el liberalismo, por los pensadores más notables de ese periodo: filósofos, economistas y enciclopedistas. Es entonces cuando resurge la gran cultura del libro:³⁷ la calidad estética del impreso se perfecciona y los trabajos tipográficos retoman las mejores técnicas en grabado; son los años de la *Enciclopedia*, lapso en el que también ocupan un lugar distinguido las memorias bibliográficas.³⁸

Voltaire (1694-1778), reflejo de su propia época, quiere conocer y hablar de todo mediante resúmenes, brevariarios compendios, diccionarios en los que se incluya derecho, ciencias, artes, filosofía y otras tantas ciencias; Ephraym Chambers publicó una *Cyclopaedia or Universal Dictionary of Arts and Sciences*, mientras Diderot (1713-1784) y D'Alembert (1717-1783), dos

grandes figuras literarias de Francia, en su faceta de editores publicaron su *Enciclopedia* en 1750.³⁹

La participación de dibujantes y grabadores de oficio se convierte en las mejores muestras del libro barroco, con magníficas impresiones, alcanzando la esencia del libro ilustrado.

Otro factor importante fue la excelente calidad en la fundición de nuevos tipos para imprenta, más limpios y correctos, mejor alineados, repartidos y separados; también se mejoró la calidad en la tinta y el entintado, originando nuevos maestros en el arte de la tipografía. En consecuencia, los libros del siglo XVIII se editaron en papel de muy buena calidad, con buenas tintas, finos tipos y excelentes composiciones gráficas. Al mismo tiempo, los caracteres se adaptan cada vez más a un tipo de letra moderna y pequeña, ya sea en letra itálica o redonda.

Entre los tipógrafos de ese periodo podemos mencionar a Pierre-Simon Fournier (1712-1768), por crear el punto tipográfico y los caracteres alargados denominados de *gusto holandés*, así como al inventor de un tipo de letra romana y un sistema para medir cuerpos tipográficos, el también francés Francois-Ambroise Didot (1730-1804).⁴⁰

Otros factores favorables de ese periodo fueron la creciente importancia de las artes gráficas, especialmente la tipografía, el establecimiento del valor del mercado en libros, las licencias definitivas a la sociedad de impresores y librerías, y la autorización para imprimir obras religiosas.

Las ilustraciones mediante estampas grabadas alcanzaron una belleza tipográfica impresionante; las portadas logran un perfeccionamiento en el estilo, y se convierte en el elemento de mayor reconocimiento y fama que llega a tener el libro.

En el siglo XVIII comenzó el interés por el estudio de los manuscritos, de los incunables y de los libros impresos en tanto obras tipográficas e históricas. A lo largo de los dos siglos venideros se realizaron importantes estudios, y en nuestros días se continúa investigando y trabajando.

³⁷ José Luis Checa Cremades, *op. cit.*, p. 16.

³⁸ Manuel de Olaguibel, *op. cit.*, p. 99.

³⁹ Francisco Esteve Barba, *Historia de la cultura*, 4 vols., Madrid, Salvat, 1955, p. 1341.

⁴⁰ José Luis Checa Cremades, *op. cit.*, p. 17.